

UNA MAREJADILLA EN EL OASIS

El director teatral Jordi Mesalles, de 52 años, falleció anteayer en Barcelona

Joan-Anton Benach

ARTICLE PUBLICAT A LA VANGUARDIA L'11 DE NOVEMBRE DE 2005

«Nos han recluido en una reserva india —decía Mesalles hace poco—. Somos una especie en vías de extinción.» Coincidí con Jordi Mesalles hace unos meses, en un coloquio convocado por el Simposi Internacional de Teatre Català que organizaba el Institut del Teatre. Fue allí donde formuló tan tenebrosos vaticinios. Vaticinaba un futuro negrísimo para el teatro catalán, a veces para el teatro a secas, y, no obstante, era intensa su actividad docente en el Institut y en Terrassa, barruntaba talleres estimulantes y aconsejaba a docenas de jóvenes devotos salidos del Col·legi del Teatre.

Con un perfil ideológico enraizado en la revista *El Viejo Topo*, siempre encontrábamos en Jordi Mesalles al crítico incombustible y vehemente de la política cultural autóctona. Y en los últimos tiempos, a uno de los azotes especialmente severos con el Nacional. La verdad es que, ante auditorios como el citado, el director procuraba trascender la peripecia particular del profesional supuestamente despechado por el olvido en que lo tenía nuestro teatro público. Si su actitud independiente podía suscitar incomodidad o recelos, tampoco le había conducido al oscuro callejón de los marginados.

En las últimas tres temporadas, el nombre de Mesalles había estado presente en la programación. En el 2002 presentó *Després de l'assaig*, un Ingmar Bergman muy estimable con Lluís Marco y Montse Guallar. En el 2003, dos piezas breves de Eduardo De Filippo, *Sik-Sik* y *El barret de copa*, y el pasado año, *Mathilde*, de Veronique Olmi, donde Guallar y Marco repetían un mano a mano de una gran intensidad interpretativa. Cuando Mesalles se encariñaba con un texto, cabía esperar espectáculos de un vigoroso dramatismo. Así ocurrió, por ejemplo, con *La senyora de Sade*, del turbulento Mishima, que estrenó el Lliure de Gracia en 1986. O con *La força del costum*, de Bernhard (Teatreneu, 1989). O, en fin, con *American Buffalo* y *Perversitat sexual a Chicago*, ambas estrenadas en 1993, y que dieron un empujón notable al conocimiento de la obra de David Mamet, de quien Mesalles ya había estrenado *El chal* (SAT, 1991).

Son títulos espigados de una generosa agenda profesional que registra dos momentos singularmente vibrantes. Revoltosos, si quieren. El primero es el de la revelación. Luminosa. Sorprendente. Nunca olvidaré al joven y emocionado Jordi Mesalles recibiendo aplausos y felicitaciones por *El despertar de la primavera* que con cuatro duros y una tropa adolescente fue el gran éxito del Festival de Sitges de 1979. Desde el punto de vista de su dramaturgia, muy superior al montaje

de la misma obra de Wedekind que Flotats ofreció años después en el Poliorama. No lo digo al calor del doloroso sentimiento de ausencia. Lo escribí tal cual en su día.

El segundo momento podría inscribirse en el inventario de un Catalonia Show por escribir aún. Fue en 1981 a propósito de *Els Beatles contra els Rolling Stones*, de Mesalles y Casamayor, y que el primero iba a montar en el Centre Dramàtic de la Generalitat, que dirigía Xavier Fàbregas. Ante ciertos excesos verbales del texto, la obra fue vetada desde las instancias políticas. Fàbregas dimitió y la oposición pidió cuentas del *affaire* al entonces *conseller* de Cultura, quien tuvo que defender lo indefendible en el mismísimo Parlament. La obra, al fin, se estrenó como había sido escrita. Nada pasó, pero el ridículo ya no nos lo quitaba nadie.

Fue una marejadilla en las aguas tranquilas del oasis que, de hecho, Jordi Mesalles siempre estuvo erizando para que nuestro teatro no se enfangara en ellas. O sea: una pérdida irreparable.